

Editorial

CALIDAD EN LA EDUCACIÓN SUPERIOR Los riesgos de una urgencia

Desde hace casi dos décadas, en el mundo universitario de nuestro país hablar de indicadores de calidad se ha hecho parte del lenguaje cotidiano. Así pues, hoy no resulta raro oír hablar de grupo de investigación reconocido, revista indexada, investigador senior, grupo categorizado, visita de pares, investigador líder, instituciones y programas acreditados, cuartil de la revista, etc. Y todo eso, en principio, está muy bien en la medida que la sociedad necesita contar con indicadores como estos, que midan de forma más o menos objetiva la calidad del servicio que se está ofreciendo en el campo de la educación superior, que en un país como Colombia es especialmente sensible, porque todavía estamos buscando consolidar los pasos hacia un desarrollo pleno.

Ahora bien, el riesgo subyacente a esta realidad es que, en medio del afán por alcanzar niveles o estándares de calidad, los objetivos y propósitos esenciales que deben mover a las instituciones universitarias en general y a los académicos en particular, pueden terminar desapareciendo en medio de una jungla inextricable de indicadores que, en última instancia, no son otra cosa que simples enunciados aritméticos que no necesariamente reflejan una realidad concreta. A manera de ejemplo, quién puede garantizar que sean de mejor calidad las clases impartidas por un joven y presuntuoso Ph. D. carente de experiencia y a veces hasta de humanidad, que las que pueda ofrecer un viejo profesor que no tiene otros pergaminos que su título profesional básico y que como herramientas didácticas y pedagógicas acude a su larga experiencia vital y profesional, así como un profundo amor por el oficio. Sin embargo, si llevamos este ejemplo al frío mundo de los indicadores, la respuesta es fácil y clara, siempre será mejor docente el primero que el segundo, y así lo certificarán pronta y oportunamente Colciencias, el CNA y la Conaces.

Otro tanto viene ocurriendo con las llamadas «revistas científicas», un indicador en el que en nuestro país se ha producido un crecimiento exponencial en los últimos años, sin que para ello hayan sido tenidas en cuenta las enormes exigencias logísticas, económicas, y académicas que un esfuerzo de esa naturaleza le demandan a la institución o programa que se aventura en la empresa. Eso ha llevado a que muchas publicaciones hoy simplemente duerman el sueño de los justos en un polvoriento anaquel de biblioteca o reposen en una caja en la oficina del editor responsable. Tampoco es infrecuente que a falta de una comunidad académica lo suficientemente amplia y capacitada para producir conocimiento original y de calidad científica y lingüística, los responsables de estas publicaciones tengan que acudir a sus redes de amigos para que estos le hagan la caridad de producir los artículos necesarios para poder armar el volumen o ejemplar de turno.

En este contexto también vale la pena preguntarse cuántas patentes podrán exhibir nuestras universidades después de 20 años de invertir cuantiosos recursos en sesudos proyectos de investigación, o sería muy intere-

sante saber cuáles de esas enjundiosas investigaciones se han traducido en resultados concretos y trasformadores de la realidad social. Infortunadamente no son muchas, y esa realidad tendría que generar algunas preguntas por parte de las instituciones, pero también algunas respuestas de parte de los investigadores. Y si bien somos conscientes de que no todo proyecto de investigación tiene que conducir a productos de esta naturaleza, pues ello supondría asumir que en áreas como la filosofía o la teología no es dable la investigación, sí debemos tener en cuenta que en el campo de las ciencias humanas y sociales hay otros productos de investigación que serían homologables a los primeros, tales como un texto de alto impacto académico o social. Pero de estos tampoco los hay muchos.

Pero no sólo eso. Es que en el afán de publicar a que el sistema nos está sometiendo a los docentes como autores y a las instituciones como editoras, estamos asistiendo a la aparición constante de un alud de publicaciones nuevas pero poco novedosas y que en raras ocasiones aportan una idea brillante y luminosa. Peor aún, no es infrecuente tropezarse en revistas científicas con textos absolutamente ininteligibles que a lo más que alcanzan es a enmascarar en un lenguaje ampuloso y farragoso el supino desconocimiento de los rudimentos básicos de la disciplina sobre la que escriben.

Por supuesto, no estamos sugiriendo que este tipo de mediciones que tienden a verificar la calidad no sea importante. Nuestro planteamiento es otro: nos hemos embarcado de forma febricitante en la ardua e incierta tarea de construir universidades de calidad por decreto, y en el camino, se nos parece estar olvidando la función esencial que nos constituye: docencia de calidad. Esa, que sigue siendo la más alta y más radical misión de la Universidad, se hace más acuciante en nuestro medio, sobre todo porque todos sabemos las enormes carencias con las que, desde la educación básica y secundaria, suelen llegar los estudiantes a la educación superior. Y esa realidad nos está llevando a una situación paradójica en la medida que estamos comprometidos en desarrollar alta ciencia, pero es posible que en algunos casos le estemos entregando a la sociedad profesionales que escasamente han superado los niveles de analfabetismo funcional. Dicho de otra manera,

en Colombia hay una enorme urgencia por contar con numerosos investigadores cuando lo que todavía necesitamos es gozar de grandes profesores.

¿Significa lo anterior que la universidad no hace ciencia? Por supuesto que no. Lo que queremos señalar es que no todo académico tiene vocación para ser un científico y que es mejor contratar y retener a un buen profesor que a un mal investigador. En igual sentido, nos parece que la ciencia es un proceso lento, costoso y silencioso que suele estar ajeno a los afanes y las urgencias a que nos someten los indicadores y también lejos del ruido y las estridencias de tanta publicación seriada, de tanto encuentro, de tanto congreso y simposio, que a lo más que llegan es a la producción de gruesos volúmenes de memorias que poco circulan y menos se leen.

Más reflexión, más diálogo interior, más horas en la penumbra de las bibliotecas, y sobre todo, menos cosas por decir, que seguramente serán mejores cosas por decir. Esos, creemos, modestamente, pueden ser elementos que nos ayuden a encauzarnos por el camino de un quehacer científico sostenible y responsable. Lógico que esta no es la lógica de Colciencias, ni lo es tampoco la de esa amplia tropa de burócratas de la ciencia que han hecho del adagio «publicar o perecer» una norma de vida, pero sobre todo, y tristemente así parece, una regla de subsistencia.

Ricardo Zuluaga Gil, Ph. D.

Docente Facultad de Derecho de la Universidad Católica de Oriente. Miembro del Comité Editorial de la Revista Kénosis de Ciencias sociales y Humanas.